



Tesoro de la Juventud

EL RUISEÑOR CHINO

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Tesoro de la juventud

EL RUISEÑOR CHINO

Del libro de las narraciones interesantes

HACE muchos años, el castillo del Emperador de la China era el más hermoso del mundo: todo estaba hecho de porcelana tan preciosa, tan frágil, tan delicada, que había que tener mucho cuidado al tocarla. En el jardín abundaban las flores de más hermosos matices: las más bonitas colgadas campanillitas de plata que repicaban cada vez que alguien pasaba cerca, a fin de que no se olvidase de mirar a las flores. Todo lo que había en aquel jardín del Emperador estaba artísticamente dispuesto, y el jardín se extendía hasta tan lejos, que el jardinero nunca le había visto el fin. Marchando por él siempre adelante, se llegaba a un hermoso bosque de árboles muy altos y cortado por lagos; aquel bosque se extendía hasta el mar, que desde sus orillas era azul y profundo. Los barcos podían llegar hasta por debajo de los árboles. En una de las ramas que colgaban por de las aguas había establecido su morada un ruiseñor; y cantaba tan dulcemente que los pobres pescadores, preocupados con tantas otras cosas, se detenían para escucharle durante la noche en vez de seguir para recoger sus redes.

-Ah, Dios mío! ¡Qué hermoso pajarillo! - decían. -Sin embargo, tenían que renunciar a los cantos del pájaro para pensar en ganarse la vida; pero a la noche siguiente volvían a detenerse de nuevo y a exclamar:-¡Dios mío, que deliciosamente canta!

Acudían a la ciudad viajeros de todos los países del mundo, y todos se maravillaban, tanto de la magnificencia del castillo como de la del jardín; pero cuando habían oído cantar al ruiseñor, todos decían:-¡Eso es lo más hermoso!

De regreso en su país los viajeros contaban todas estas maravillas, y los literatos escribían obras acerca de la ciudad, del castillo y del jardín. Claro está que no se olvidaron del ruiseñor, que llevaba la mejor parte en sus relatos. Los que sabían hacer versos escribieron elocuentes poemas en honor del humilde cantor del bosque que habitaba cerca del gran lago.

Estos poemas se hicieron populares, y algunos llegaron hasta el Emperador. Sentóse en una silla de oro y se puso a leerlos. A cada instante movía la cabeza: tanto le entusiasmaban las magníficas descripciones del castillo, de la ciudad y del jardín.

En aquellos libros y poemas leyó que entre todas las maravillas de la corte imperial el ruiseñor era lo más prodigioso.

--¿Qué es eso?-dijo el Emperador. -¿El ruiseñor? No le conozco! ¿Existe semejante pájaro en mi imperio, y hasta en mi jardín? ¡Nunca he oído hablar de él, y los libros son los que me lo enseñan!

En seguida llamó a su ayudante de campo. Era éste de tal modo orgulloso, que cuando un inferior se atrevía a dirigirle la palabra no se dignaba responder más que con un ¡Psch!, lo cual no tiene gran significación en ningún idioma.

-Parece que hay en mis dominios un pájaro muy curioso, que se llama ruiseñor-dijo el Emperador:-dicen que es lo más hermoso que hay en toda la extensión de mi Imperio. ¿Cómo es que nadie me ha hablado de él?

--Nunca he oído hablar de tal pájaro-repuso el ayudante de campo, -ni nunca tuvo el honor de ser presentado en la corte.

-Pues quiero que me lo presenten esta noche y que cante delante de mí dijo el Emperador.-¡Está bueno eso de que todo el mundo conozca los tesoros que poseo, y yo los ignore!

-Repito que nunca he oído hablar del ruiseñor-replicó el ayudante de campo; --mas lo buscaré, y lo encontraré.

Pero ¿cómo hallarlo? El ayudante subió y bajó todas las escaleras, atravesó los corredores y los salones, preguntó a todos los que encontraba: nadie había oído hablar del ruiseñor. Volvió, pues, al lado del Soberano, y dijo que, sin duda, los que habían escrito aquellos libros habían querido hacer una fábula.

-Vuestra Majestad Imperial-añadió,--no puede imaginarse las mentiras que se permiten los escritores. ¡Eso no son más que invenciones y fantasmagorías!

-Podrá ser así-replicó el Emperador;-pero el libro en que lo he leído me lo ha enviado el poderoso Emperador del Japón, y, por consiguiente, no puede contener mentiras. Quiero oír al ruiseñor: es preciso que esta noche esté aquí; y si no viene, mando que a ti y a todos los cortesanos os pisoteen la barriga después de cenar.

-¡La cosa es grave!-se dijo el ayudante de campo; y volvió a subir y a bajar escaleras y a atravesar salas y corredores, seguido por la mitad de los cortesanos, que no tenían el menor deseo de que les magullasen la barriga a pisotones.

Fácilmente se comprende cuántas preguntas harían a todo el mundo acerca del maravilloso ruiseñor, al cual no conocía ninguna de las personas de la corte.

Al fin encontraron en la cocina a una pobre niña, que dijo:

-Conozco perfectamente al ruiseñor. ¡Oh; y qué bien canta! Me han dado permiso para llevar todas las noches a mi pobre madre enferma algunas sobras de la mesa. Vive allá bajo, junto a la playa; y cuando vuelvo a nuestra casa me detengo en el bosque porque oigo cantar al ruiseñor. Muchas veces acuden las lágrimas a mis ojos, porque la voz de ese pajarito me gusta tanto como si mi madre me abrazase.

-Cocinerita-dijo el ayudante de campo, te agregaré oficialmente a la cocina y te daré permiso para ver comer al Emperador si quieres llevarme adonde está el ruiseñor, porque está invitado para hoy a la reunión de la corte.

No hay que decir que la niña aceptó regocijada. Marcharon hacia el bosque donde cantaba el ruiseñor de ordinario; y a la mitad del camino se oyó bramar a una vaca.

-¡Oh-dijo el ayudante de campo; -allí está, sin duda! ¡Qué voz tan fuerte tiene para ser un pájaro tan pequeño! ¡A fe mía, me parece que ya le he oído otras veces!

-¡No; ésas son vacas que braman! -dijo la cocinerita.-Todavía tenemos que andar un rato. Las ranas del pantano empezaron a cantar.

-¡Dios mío, qué hermosa voz!-dijo el capellán de la corte.-¡Ya lo oigo; es tan armonioso como las campanas pequeñas de la iglesia!

-¡No; ésas son ranas!-dijo la cocinerita.-Pero creo que le oiremos dentro de poco.

En efecto; el ruiseñor empezó a cantar al breve rato.

-¡Él es!-dijo la niña.-¡Escuchad allí está!

Y señaló con el dedo un pajarito gris que estaba en lo alto de las ramas. --¿Es posible que sea un animalillo tan pequeño?-dijo el ayudante de campo. -¡Nunca me lo habría

imaginado así. ¡Qué aire tan sencillo y modesto! Seguramente, ha perdido todos sus colores de emoción al verse rodeado por tan grandes personajes.

-Ruiñeñor -le gritó la cocinerita, nuestro poderoso Emperador desea que cante usted delante de él. ¿Será usted tan amable que acepte?

-¡Con mucho gusto!-contestó el ruiñeñor.

Y comenzó a cantar de tal manera, que le oían conmovidos.

-Es una melodía delicadísima-dijo el ayudante de campo. -Y maravilla ver como trabaja su pequeña garganta. Es verdaderamente extraño que no le hayamos oído hasta ahora: obtendrá un gran triunfo en la corte.

-¿He de cantar de nuevo delante del Emperador?-preguntó el ruiñeñor, que creía que Su Majestad estaba allí.

-Mi precioso ruiñeñor-dijo el ayudante de campo,-tengo gran placer en invitar a usted para esta noche a una gran fiesta que ha de celebrarse en la corte, donde entusiasmara usted a su Majestad Imperial con su agradable cante.

-Se oye cantar mucho mejor en medio del verdor de los campos que en ninguna otra parte. Sin embargo, iré con gusto, puesto que el Emperador lo desea-respondió el pajarillo.

En el castillo se habían hecho preparativos extraordinarios. Las paredes y las baldosas de porcelana brillaban a los rayos de cien mil lámparas de oro; las flores más hermosas, con campanillas de plata y oro, adornaban los corredores. Habíase establecido, con el movimiento que reinaba, una doble corriente de aire que movía todas las campanillas y no dejaban oír.

En medio del gran salón en que el Emperador estaba sentado, se había puesto una varilla dorada para el ruiñeñor. Toda la corte estaba presente, y la cocinerita había obtenido permiso para mirar la fiesta por el resquicio de la puerta, porque le habían concedido el título de cocinera imperial, ya que merced a ella se había encontrado el pajarito.

Todos vestían con el mayor lujo y con trajes de etiqueta, y las miradas estaban fijas en el modesto pajarito gris, al cual se dirigían todos los movimientos de cabeza del Emperador.

El ruiñeñor empezó entonces a cantar de una manera tan admirable, que hizo saltar las lágrimas de los ojos del Emperador. Sí; las lágrimas corrían por las mejillas del Emperador, y el ruiñeñor cantaba cada vez con más dulzura. Su voz llegaba hasta el fondo de los corazones; y el Emperador estaba tan contento, que quiso poner al ruiñeñor su zapatilla de oro al cuello. Pero el ruiñeñor rehusó: su recompensa era ya bastante grande.

-He visto lágrimas en los ojos del Emperador-dijo,-y eso es para mí el mayor premio. Las lágrimas de un emperador tienen un valor inmenso: Dios lo sabe; y con haberlas visto me considero bastante recompensado.

Y volvió a comenzar su dulce canto. -¡Qué encantadora voz! ¡Qué gorjeos tan delicados!-dijeron las damas. Y a fin de parecerse al ruiñeñor se llenaron la boca de agua para hacer gorgoritos cuando hablasen. Los lacayos y los ayudas de cámara manifestaron también la más viva satisfacción; lo cual no es poco decir, porque estas gentes son muy difíciles de contentar.

El ruiñeñor obtuvo un completo triunfo en Palacio.

Desde aquel día tuvo que vivir en la corte. Le dieron una jaula, con permiso para pasarse dos veces al día y una por la noche. Cada una de estas veces era seguido por

doce gentiles hombres, cada uno de los cuales llevaba una cinta de seda atada a la pata del ruiseñor, con gran cuidado para no soltarlo. Tal paseo no debía de ser muy agradable.

Toda la ciudad habló desde entonces del pájaro prodigioso; todas las conversaciones versaban acerca de él. En cuanto dos personas se encontraban, la una decía en seguida: « El rui . . . »; y antes de que hubiese concluido, ya la otra había pronunciado « señor », y se entendían.

La popularidad de que el pájaro gozaba era tan grande, que para elogiar a los niños se los llamaba ruiseñores, aunque su garganta no tuviera ni una sola nota armoniosa.

Un día el Emperador recibió un elegante paquete en el cual había escrito el letrado: « El ruiseñor ».

-Esto es, sin duda alguna, un nuevo libro sobre nuestro célebre pájaro- pensó.

Mas en vez de libro se encontró con pequeño objeto mecánico metido en caja. Era un ruiseñor artificial que debía imitar al ruiseñor vivo: estaba cubierto de diamantes, de rubíes y de zafiros.

En cuanto se dio cuerda al mecanismo principió a cantar uno de los trozos que el verdadero ruiseñor cantaba mucho mejor, y se veía que al mismo tiempo movía la cola en la cual centelleaban el oro y la plata. Alrededor del cuello llevaba una cinta con esta inscripción: El ruiseñor del Emperador del Japón es pobre en comparación con el del Emperador de la China ».

-¡Esto es magnífico! ¡Esto vale mucho más!-exclamaron todos los cortesanos.

Y el que había llevado el pájaro artificial recibió una porción de cruces y el título de gran introductor de ruiseñores cerca de S. M. Imperial.

-Que canten juntos-dijo el Emperador, y harán un magnífico dúo. Las hicieron cantar juntos; pero el dúo no salió bien, porque el verdadero ruiseñor cantaba según su inspiración natural, y el otro obedecía al movimientos de los cilindros, puesto que no era más que una cajita de música.

-El dúo sale mal por culpa de aquél, y no de éste-dijo el director de orquesta de la corte, designando al pájaro artificial,-porque canta perfectamente al compás, y nadie diría sino que ha sido discípulo mío.

Entonces hicieron cantar solo al falso ruiseñor, guste tanto como el verdadero, agradando mucho más a la vista, por. que brillaba tanto como los brazaletes y los broches de las señoras de la corte.

De esta manera cantó treinta y tres veces el mismo trozo de música sin mostrar el menor cansancio.

De buena gana el auditorio hubiera querido que principiase de nuevo; pero el Emperador pensó que correspondía legítimamente cantar a su vez al ruiseñor vivo. Pero ¿dónde estaba? Nadie se había fijado en que había volado por la ventana y se había marchado a sus bosques.

-¿Qué es esto?-preguntó el Emperador; y todos los cortesanos murmuraron llenos de indignación, y acusaron de ingratitud al ruiseñor.

-Afortunadamente, tenemos el mejor de los dos-dijeron; y se consolaron haciendo cantar al pájaro artificial el mismo trozo de música por la trigésima cuarta vez.

Por lo visto, aquellos cortesanos aun no habían podido aprender la canción de memoria, porque era muy difícil.

El director de orquesta tuvo mil frases escogidas para alabar al pájaro: aseguraba que era mucho mejor que el ruiseñor verdadero, no sólo por sus vestidos y su pedrería, sino también por su organización interior,

-Porque, observadlo, gran Emperador e ilustres señores: en el verdadero ruiseñor no se puede nunca calcular con seguridad las notas que van a salir pero en el pájaro artificial todo está determinado desde el principio. Puede explicarse, puede abrirse, puede enseñarse cómo están los cilindros, cómo dan vueltas y de qué manera se suceden los movimientos. Nada hay inesperado ni caprichoso.

-Esa es nuestra opinión-contestaron todos.

Y el director de orquesta obtuvo permiso para mostrar el pájaro al pueblo el domingo siguiente. El Emperador mandó también que se le hiciera cortar, y todos los que le oyeron quedaron embelesados como si se hubieran emborrachado con te, lo cual les sucede a los chinos, sobre todo si lo mezclan con opio, y todos al mismo tiempo exclamaron: ¡Oh! », levantando el dedo índice y moviendo la cabeza.

Pero los pobres pescadores y aldeanos que habían oído en el bosque al verdadero ruiseñor, dijeron: « Este otro es muy bonito. Las melodías son parecidas; pero les falta no se qué ».

El verdadero ruiseñor fue entonces desterrado de la ciudad y del Imperio. El pájaro artificial, para quien había llegado la hora del triunfo, ocupó un puesto de honor en un cojín de seda al lado de la cama del Emperador. Todo el oro, todos los juguetes que le habían regalado se colocaron a su alrededor. Había recibido el título de gran cantor imperial de los postres del Emperador, puesto que estaba clasificado con el número uno del lado izquierdo, según la jerarquía oficial de los funcionarios de la corte; porque el emperador miraba este lado como el más importante, a causa de ser el sitio del corazón; y está demostrado que hasta los emperadores tienen el corazón a la izquierda.

El director de orquesta, deseoso de adular al Monarca, compuso una obra de veinticinco volúmenes acerca del pájaro artificial. El libro era tan largo y tan erudito, y de tal modo estaba lleno de palabras chinas muy difíciles, que todos se envanecían de haberlo leído y comprendido, sin lo cual los hubieran contado en el número de los necios y se hubieran expuesto a que les pisaran la barriga.

Así continuaron las cosas durante un año. El Emperador, la corte y todo el pueblo chino sabían ya perfectamente hasta el más pequeño gluc, gluc del pájaro artificial. Por esta razón el trozo de música se hacía cada vez más agradable, pues así todos podían a su elección cantar con él o acompañarle. Los muchachos en la calle cantaban tzi, tzi, tzi-gluc, gluc, gluc; y el Emperador también lo cantaba a solas, aunque en el fondo quizás empezaba a aburrirse un poco de no hallar variación alguna. Mas una noche que el pájaro mecánico cantaba a todo cantar y el Emperador le escuchaba con delicia en lecho, se oyó de pronto en el interior del cuerpo del pájaro: ¡crac!, y en seguida ¡br-rr-u-u! Entonces todas las ruedas tomaron el galope y la música se detuvo de pronto.

El Emperador saltó de la cama y envió a buscar a su médico de cámara; pero éste no pudo hacer cosa de provecho. Llamó en seguida a un relojero, que después de muchas palabras y de un largo examen, consiguió componer el pájaro; pero recomendó que se manejara con mucho cuidado, porque los ejes estaban muy usados y era imposible ponerle otros nuevos.

¡Qué desgracia! Ya no se podía hacer cantar al pájaro artificial más que una vez al año, y hasta esta vez era casi demasiado, porque a lo mejor se le paraba una ruedecilla, y ¡adiós músicas. Pero a cada sesión solemne el director de orquesta hacía un discurso lleno de

palabras pomposas en el cual explicaba que el canto era más perfecto que nunca, por más que no acabase de convencer a las gentes.

De este modo pasaron cinco años, y un día el país quedó sumido en profundo dolor. Los chinos querían mucho a su Emperador; pero éste había caído enfermo y se decía que iba a morir. Ya se había elegido un nuevo Emperador, que estaba muy contento esperando que le llegase su turno, y el pueblo estaba reunido en asamblea en la plaza. Preguntaron al ayudante de campo cómo estaba el viejo Emperador, y respondió, meneando la cabeza: ¡Psch!

El Emperador estaba tendido, pálido y frío, en su magnífico lecho. La corte le creía muerto, y todos corrían a saludar al nuevo Emperador, que se daba toda la importancia propia del caso.

Los criados esparcieron por todas partes la noticia, y nadie se atrevía, a sonreír, aunque pensarán en cosas alegres o graciosas. En todas partes, en los corredores y en las salas, habían colocado tapices para amortiguar el ruido de los pasos: todo el Palacio estaba triste y silencioso. Pero Emperador no estaba muerto. Continuaba extendido, pálido y frío en su cama, adornada con cortinas de terciopelo, recogidas mediante abrazaderas de oro. La luna proyectaba su luz a través de una ventana sobre él y sobre su pájaro favorito.

El pobre Emperador apenas podía respirar. Sentía tanta opresión como si alguien le hubiera pisado el pecho: abrió los ojos y vio que delante de él estaba la Muerte, que se había puesto en la cabeza su corona de oro, y que tenía en una mano su sable y en la otra una rica enseña. Alrededor, entre los pliegues de las grandes cortinas de terciopelo, vio extrañas cabezas, de las cuales unas parecían espantosas y otras tranquilas y sonrientes. Eran las buenas y las malas acciones del Emperador, que se presentaban para asistir a su a hora.

¡Te acuerdas de esto?-le decían bajo una detrás de otra.-¿Te acuerdas de esto otro?

Y le recordaban muchas cosas que le hicieron correr el sudor por la frente. -;No quiero escuchar tales relaciones dijo el Emperador.-¡Música, música! ¡Que me traigan el gran tam-tam chino para que no oiga lo que dicen!

Pero las figuras continuaron hablando, y la Muerte respondía con un movimiento de cabeza chino a todo lo que decían.

-¡Pronto! ¡Música, música! -repetía Emperador. -¡Tú, pajarito de oro, canta sin cesar! ¡Te he dado oro y tantos diamantes, y hasta colgado de tu cuello mi zapatilla! qué no me obedeces?

Pero el pájaro continuaba mudo. No había nadie que pudiera darle cuerda, y sin este auxilio no tenía voz.

La muerte continuaba volviendo hacia el Emperador sus órbitas hundidas, prolongaba el silencio de una manera espantosa.

Pero de pronto se oyó junto a la ventana un canto embriagador: era el ruiseñor del bosque que cantaba en una rama. Había sabido la enfermedad del Emperador, e iba a llevarle esperanza y consuelo.

Gracias al encanto de su voz las visiones se fueron desvaneciendo cada vez más, la sangre circuló con más orden en los miembros debilitados del Emperador, y hasta la misma Muerte escuchaba embelesada, diciendo:

-Continúa, ruiseñor; ¡continúa que me agrada oírte!

-Sí--replicó el ruiseñor; ¡seguiré si me das tu magnífico sable de oro, tu rica enseña y la corona del Emperador!

La Muerte fue dando cada una de estas joyas por una canción, y el ruiseñor siguió cantando: cantaba al cementerio apacible, donde crecen las rosas blancas, donde el tilo derrama sus perfumes, donde la hierba fresca está rociada con las lágrimas de los que viven.

Al oír tan poéticas estrofas la Muerte sintió deseos de volverse a su jardín, y se desvaneció por la ventana como una bruma fría y blanca.

-¡Gracias, gracias!-dijo el Emperador. -¡Gracias, celeste pajarito! ¡Te conozco bien! ¡Te he desterrado de mi ciudad y de mi Imperio, y, sin embargo, has hecho huir a las horribles figuras que se sentaban en mi cama; has alejado la muerte de mi corazón! ¿Cómo podré recompensarte?

-Ya me has recompensado- dijo el ruiseñor. -La primera vez que canté delante de ti te arranqué lágrimas; no lo olvidaré nunca: esos son diamantes que llegan al alma de un cantor. Pero ahora, duerme, para que recobres las fuerzas y te restablezcas. Continuaré cantando.

Y mientras cantaba, el Emperador cayó en un dulce sueño, tranquilo y bienhechor.

El sol brillaba a través de la ventana cuando se despertó fuerte y ya curado. Ninguno de sus servidores había vuelto a su lado, pues continuaban creyéndole muerto, y se ocupaban en adular al vivo: sólo el ruiseñor había quedado fielmente en su puesto.

-¡Estarás siempre a mi lado- dijo el Emperador: -cantarás cuanto te agrade, y yo romperé en mil pedazos el pájaro artificial!

-No hagas tal cosa-dijo el ruiseñor. -Te ha hecho todo el bien que ha podido: consérvalo siempre. Por mi parte, no puedo ni edificar mi nido ni vivir en el Palacio: déjame venir cuando me parezca. Por las noches cantaré en la rama inmediata a tu ventana, para distraerte y hacerte pensar; cantaré por los que son felices y por los que padecen; cantaré el bien y el mal, todo lo que tú no conoces; porque el pajarito vuela por todas partes, y llega hasta la cabaña del pobre pescador y del labrador, que viven lejos de ti y de tu corte. Quiero a tu corazón más que a tu corona, y trataré de conmovérselo. Vendré y cantaré. Pero has de prometerme una cosa.

-¡Todo lo que quieras! -respondió el Emperador, que ya se había vestido con su traje imperial, y que apretaba contra su corazón su sable de oro.

-Una sola cosa: no digas a nadie que tienes un pajarito que te lo cuenta todo. ¡Créeme: de este modo todo irá mucho mejor!

Y el ruiseñor voló feliz y satisfecho. Un instante después entraron los cortesanos y los servidores para ver por última vez a su difunto Emperador. Al verle en pie se quedaron todos embobados, sobre todo el que pensaba sucederle en el trono; pero el Emperador les dijo muy graciosamente: -¡Buenos días!

Y añadió:

-¡Aun pienso vivir muchos años!

W. M. JACKSON, Inc., Editores

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo